

—Es imposible, porque mi tia y los criados aun no se acuestan y la recamarera se pone á velar en el comedor, por donde nos será preciso pasar para entrar en la despensa.

—Entonces, voy á mandarle que se acueste.

—Ya sabe vd. que Marta no obedecerá, y aun cuando fingiese que se recogia, permanecerá en pié en su cuarto hasta que ya no perciba ruido alguno en toda la casa.

—Es cierto, es cierto, dijo madama de Kermie con violencia; algunas veces manifiesta un empeño insufrible.

—Acaso esta noche, contestó Diana, si le encargase vd. . . . mas bien, sabe vd. cuanta adhesion le manifiesta.

—Diana, exclamó madama de Kermie en tono severo, te desconozco, veo que hallas imposibles en todo, cuando se trata de aliviar una desgracia tan noble y urgente.

—Es porque no sé como desviar á vd. de semejante resolucion, respondió Diana; un triste presentimiento me dice que este asunto ha de ocasionar á vd. mayores disgustos de lo que cree y . . .

—Basta, dijo madama de Kermie pasán

dose de asiento, yo sola me encargaré de todo este negocio.

—Ah! querida madre, qué va vd. á hacer? dijo Diana deteniéndola.

—Nada temas, Diana, no te comprometeré.

—Oh! madre mia, gritó la niña, yo iré, yo iré, que acaso vale mas que yo vaya sola.

—¡Como, sola!

—Oigame vd.; Marta subirá con vd. á su recámara y yo aparentaré que me retiro á la mia. En el acto bajaré á la despensa y tomaré de allí lo que fuere necesario. Recordara vd. añadió tristemente, que para eso no necesito luz.

Madama de Kermie besó á su nieta en la frente diciendo entre dientes: —Pobre muchacha!— Y Diana prosiguió:

—En este intervalo, detendrá vd. á Marta, y yo iré al pabellon á llevar la canasta que habré dispuesto; volveré sin que alguien lo note y ya que éste de vuelta en mi cuarto, podrá vd. despedir á Marta y yo pasaré á contarle á vd. lo que haya ocurrido.

—Diana, hija mia, exclamó Madama de Kermie, ah! eso si es bueno, digno de tí;

vamos pues, querida, apresurémonos, que ya aguardo impaciente tu vuelta.

Lo que ambas convinieron, se ejecutó, y durante mas de media hora que estuvo ausente Diana, regañó Madama de Kermie á Marta, aun mas de lo que la habia regañado hacia veinte años; que la última la servia.

Cuanto trabajo desempeñaba ésta, era mal hecho y debia hacerse otra vez, porque Madama de Kermie nunca quedaba satisfecha ni del lugar fijo en que estaba su veladora, si bien llevaba ésta veinte años de no haber sido movida del marmol en que se hallaba colocada, ni tampoco del modo con que le cerraban sus cortinas, le cubrian el fuego, y le componian los cobertores. Por último, habiendo oido que tosian en la próxima recamara, despidió á Marta, y en el acto entró Diana con el vestido y el sombrero de paja empapados de agua.

—Por fin, es él! Preguntó ansiosa Madama de Kermie.

—Sí, mamá, respondió Diana con un acento casi exaltado: él es, el señor Leonardo Asthon.

—Y cómo es?

—Pero señora, no recuerda vd. dijo Diana volteándose.

—Ah! sí, pobre niña, olvidaba que eres ciega, al hacerte esa pregunta.

—Sin embargo, añadió Diana, si no me ha sido dable el verlo al menos lo he oido.

—Y qué te dijo!

—Oh! tiene un metal de voz de una dulzura y de un encanto singulares. Se expresa con facilidad, tiene un acento.....

—No me equivoqué.... Y le preparaste todo lo que necesitaba!

—Sí, mamá.

—Pareció estar muy agradecido!

—Me suplicó le hiciese á vd. presente el respeto que le profesa, y le manifestase su mas sincera gratitud.

—Qué jóven tan exelente!.... Ven y siéntate en mi cama, y cuéntame.... pero

si estás hecha una sopa!, pobre niña, y estás tiritando de frío!

—No es nada, mamá.....

—Basta ya, acuéstate.... mañana volveremos á hablar de todo esto. Anda, que yo te lo mando.

—Buenas noches, querida madre.

—Dios te bendiga, querida hija. Bien puede uno dormirse con el corazón satisfecho cuando se acaba de hacer una buena obra.

Diana se retiró; pero ni la abuela, ni al nieta probaron el sueño; á pesar de su acción caritativa, aquella pensaba en el heroísmo de su huésped, al paso que la última se deleitaba con aquella voz tierna, y dulce que habia oido.

Al mismo tiempo, un hermoso jóven, sentado frente á un fuego que chisporroteaba y

juntó á una mesa en la que le aguardaba una cena muy comfortable exclamaba:

—Qué tal! Valeriano, he desempeñado bien mí papel!

—Tan bien como yo, señor vizconde.

—Acertaste con venir á avisarme que tomase el nombre de Leonardo Asthon, pues á no ser por esa circunstancia jamas se me habria ocurrido. Dame un vaso de vino.... Sabes que la señorita de Chivry es un cielo de hermosura!

—Indudablemente, señor vizconde; y es lástima que esté ciega.

—Mayor razon para que no perciba el peligro.

—Qué peligro! preguntó asombrado el guarda-coto.

—Oh! nada; dame mas vino,.... está superior.... ella es positivamente hermosa!.... Voy á acostarme, y corran ahora cuanto quieran los corchetes tras de mí, que se calienten la mollera en adivinar que el vizconde de Purières, perseguido por deudas, está oculto en casa de Madama de

Kermie con el nombre supuesto del pros-
crito Leonardo Asthon.

— Buenas noches, señor vizconde.

— Hasta mañana, perillán.

A la media hora dormía ya el vizconde
el sueño del justo.

III.

En esta época tenía Diana diez y seis años de edad, pero parecía que en ella brillaba ya en todo su esplendor aquella belleza noble y pura que tanto sorprendía á los que la conocían; y si no poseía Diana entonces la misma majestad que hoy, sí por lo menos aquella inefable dulzura de esa edad que sale de la infancia para entrar en la juventud. Por lo demas, Diana misma casi ignoraba que fuese bella. Aquellos que siempre habían vivido á su lado, no reparaban en aquella hermosura que veían indi-

ferente, mas los que la miraban por primera vez compadecian á Diana casi tanto, cuanta era la admiracion que les causaba. Como á la exclamacion de: !Qué hermosa es! debian incensatamente añadir la desconsoladora de: ¡lástima que sea ciega! callaban y procuraban ahagar á la niña ensalzando aquellas cualidades en que podia cifrar su felicidad, porque sabia muy bien estimar el valor de las mismas en los demás.

Y como gustaba de una conversacion tranquila y llena de talento, recibia por tanto, como una prueba de respeto, el placer que sentian al oirla; y del mismo modo que los sonos de un canto melodioso conmovian su corazon al grado de hacerla llorar, así tambien miraba como un triunfo verdadero la sensacion y estremecimiento que causaban en sus oyentes, los acentos reunidos de su voz y de su arpa. Entonces, por la impresion que en sí misma notaba, comprendia la alteracion que en ellos producía lo que la llenaba de orgullo. Entonces, si le prodigaban alabanzas, se avergonzaba; mas cuando oyó por vez primera que era hermosa, se puso á llorar.

Y no obstante, con frecuencia debió recibir estos tributos de respeto. Imagínese el lector la frente mas pura, hermoseedada con una espesa cabellera de color castaño, una nariz aguileña, cuyo perfil está mostrando una voluntad firme, una boca cuyos labios levemente volteados poseen, digamos así, la gracia y la forma de un beso; luego, á pesar de su ceguerra, se le hace á uno difícil comprender la grande espresion que hay en sus ojos. Segun el modo con que ella los mueve cuando habla con otro, nadie creeria que es ciega, y aun cuando esté uno convencido que no vé, sin embargo, le parece que ella lo está mirando.

Pero lo que supera sin duda á todo su físico, es un encanto especial, que solo es propio de semejante desgracia: este encanto proviene de la ignorancia y del candor de su belleza. Como la infeliz nunca ha podido estudiar en un espejo todos esos aires convencionales y simulados que impone el mundo á la mujer que está hablando ú oyendo, resulta que hay en el rostro de Diana una espresion fuerte y llena de franqueza, de que no puede formarse

idea el lector. Si sonrie porque es dichosa, esta sonrisa se vé salir del corazon, pues nada la comprime, ni estorba; si padece, todo su dolor aparece en su semblante; y aun cuando tenia en ella la calma, deja con natural abandono que sobresalga su hermosura; mas sin arremucos, ni afectacion. Todo el que quiera puede ver su bello rostro, porque á nadie se lo esconde ni lo encubre. Esta es Diana actualmente; júzguese, pues, lo que sería en sus diez y seis abriles, cuando la desgracia aun no habia tocado un solo cabello de aquella preciosa cabeza.

Ademas, la capacidad de Diana se habia anticipado á la del comun de las niñas de su edad. Como Madama de Kermie llevaba una vida solitaria, nunca pensaron en ocultar á Diana nada de aquello que contribuia á distraerlas de su monotonía. No parecia sino que consideraban á su alma tan privada de la vista como á sus ojos.

Por cuya razon, cuando Madama de Kermie mandaba en las largas noches del invierno que le leyesen los periódicos, las novelas nuevas, ó una tragedia, se admitió á

estas lecturas á Diana quien se imponia por medio de la relacion, de los crímenes, suicidios, adulterios y seducciones de que estaban llenos los periódicos; de todo lo que encierran en sí de funesto, de vil y de feo las pasiones humanas; y por medio de los libros se creia estar al tanto de lo que éstas puedan contener de ventura, de nobleza y de embelesamiento.

Quítese á esta mujer la coqueteria, que no podia comprender, los placeres del mundo, de que no era posible participase, ocupaciones ambas que llenan las siete octavas partes del pensamiento y de la actividad femeniles, y aplíquese á una reflexion ardiente y constante toda la fuerza de que son capaces el alma y el espíritu, y entonces comprenderá el lector á qué punto de exaltacion debió llegar ésta mujer en sus contemplaciones, en sus temores y en sus esperanzas.

Tal era Diana cuando cayó por su desgracia en poder de un libertino sin honor, que por medio de una superchería miserable y usurpando el nombre de Astohn, se

presentó cubierto con la capa de las prendas mas nobles y ruidosas, y á quien proporcionó la casualidad aquellas dotes que naturalmente debian seducir á la señorita de Chivry.

El señor de Purières pertenecia al número de los diez ó doce caballeros de las familias principales de Paris, á quienes no era suficiente un nombre aristocrático para vivir como compañeros en el círculo esclusivo y bullicioso de los artistas, sino que habian agregado un verdadero talento á su alta gerarquía. Arturo de Purières era un músico sobresaliente, componia romanzas seductoras y las cantaba con un gusto exquisito. A esta habilidad debió el éxito grande que obtuvo en varias clases de la sociedad. Para las mujeres de rango elevado, era un amante adecuado por su nombre y su título, que poseia esa tintura de independenciam novelesca que se atribuye á hombres cuyo valor solo ellos mismos conocen; para las reinas de teatro á quienes visitaba Arturo con frecuencia, era el hombre de capacidad cuyos sufragios se solicitan, y el gran señor cuyo amor se

admite con gusto: para todas era la fruta del arbol prohibido que conservaba el sabor de un paraíso distinto de aquel en que ellas vivian.

Como disfrutó Arturo de tanta dicha, tan fácilmente adquirida, tuvo que comprarla al principio con la pérdida de su caudal, y luego con la de su probidad. Perdió, sobre todo, lo que al fin desprende á todo hombre de todas las locuras y de todos los vicios, ésto es, la fé en los sentimientos de verdad y honradez. Pretenden, solia decir, que hay mujeres que se venden y otras que se entregan; esta diferencia no es sino un juego de voces; todas ellas se cambian: unas por dinero, otras por las atenciones, los placeres, ó las venganzas que se les proporcionan. Recordad que unas son pobres y otras ricas, y decidme si es mayor el oficio de una parte que de otra”

No obstante de tener tales principios, Arturo habia respetado, ó despreciado quizá, la desgracia de Diana, si se hubiese encontrado con ésta en el bullicio del mundo. Pero encontrándose ocioso en su soledad era forzoso que fuese una seducción demasiado

fuerte, el estudio de los primeros movimientos de amor en un ser como Diana, para que pudiese resistir un espíritu tan corrompido como el del vizconde de Purières, al deseo de vaciar aquella alma para verla caminar por su senda oscura. Durante todo el tiempo que pasó en el pabellon, este fué el blanco de toda su conducta.

Ningun trabajo costó á Arturo el desempeño de su papel en la primera entrevista que tuvo con Madama de Kermie y Diana: cuanto sabia aquella acerca de la vida de Asthon, él lo sabia tan bien como ella; y cuanto ignoraba la misma, él lo inventaba con asombrosa facilidad revistiendose de aquella falsa poesia que gana desde luego á las personas que han determinado admirar y dar credito á todo. Las exageraciones con que adornaba el relato de su vida aventurera hayaban un oyente demasiado crédulo en la preocupada Madama de Kermie, y por lo que toca á Diana, los misterios de la vida de las gentes perspicaces eran para ella tan impenetrables, comprendia tan poco que se pudiesen reconocer las intenciones de cualesquiera á una distan-

cia que le seria preciso una hora para descubrirse que todas las hazañas de Arturo las creia posibles, por la razon de que no lo eran para ella las acciones mas vulgares de la vida. En estos casos solo podia dudar Diana, arreglándose por incertidumbre de los demas, y ya vemos que Madama de Kermie poseía una buena fé que cegaba á la pobre ciega.

Sin embargo, si aquella hubiese podido acompañar á su nieta al pabellon en las visitas que ésta hacia, es probable que la seduccion premeditada de Arturo no hubiese llegado á manchar á una mujer, que privada de la vista, no podia descubrir la pasion criminal que ella inspiraba, ni tampoco experimentar ella misma la turbacion tan funesta de la curiosidad, que hubiese provenido de un billete entregado furtivamente. Pero cayó mala Madama de Kermie, y como no podia mandar venir á su cuarto á Valeriano el guarda-coto, para preguntarle lo que hacia el señor Leonardo Asthon en todo el dia; como tampoco Diana podia tener conversaciones demasiado frecuentes con un hombre cuya asistencia era para ella

una cosa totalmente desusada, sin llamar la atencion de la servidumbre de la casa, la anciana marquesa de Kermie, que miraba la hospitalidad como una ocupacion que tomaba con el mas vivo interés, exigió de su nieta que se trasladase todos los dias al pabellon para adquirir noticias acerca del infeliz proscrito.

Es preciso añadir, para disculpar á Madama de Kermie, que la buena reputacion de Asthon le habia parecido suficiente garantía de su juiciosa conducta, si hubiese creido que la seducccion podia amenazar á semejante desgraciada. Pero siendo Diana la escepcion de las demas mujeres por el estado en que se hallaba, Madama de Kermie, por una de aquellas preocupaciones tan comunes en el espíritu humano, nunca habia pensado que una pobre jóven ciega llegase á verse espuesta á los peligros simultáneos de la juventud y de la belleza.

Así, pues, sin la menor aprension permitió, ó mejor dicho, dispuso la buena señora tan peligrosas reuniones. Sin embargo, Diana por su parte no fué á estas con la misma tranquilidad de ánimo. Habia co-

menzado ya á experimentar esa turbacion desconocida que sorprende y alarma al corazon la primera vez que se siente. Siempre que se aproximaba al pabellon, padecia á la vez ese terror instintivo que avisa á uno del peligro que no vé, y el deseo poderosísimo de abandonarse al riesgo; deseo que domina al terror. Habia probado con sus labios virginales esa copa de amor que embriaga y altera.

Por lo demas, esta es la historia de todas las pasiones. tanto de las mas serias como de las inocentes; el ambicioso teme los cuidados que trae consigo el poder, pero corre tras de él con ardor; el niño tiene miedo á las apariciones y sin embargo olvida todos sus juegos por oir un cuento espantoso. Tal habia sido la primera sensacion de Diana; durante algunos dias se habia entregado sin reflexion á este temor aventurero que la agitaba y la hacia meditar. Pero repente una luz viva vino á alumbrarle el camino por donde avanzaba entonces con el corazon tan ciego como sus ojos.

Nada le decia Leonardo que no partici-

pase igualmente á su abuela. Mas cuán diverso era el acento de su voz en los dos casos! Cuando hablaba solo con Diana temblaba del mismo modo que ella sentia alterársele la voz cuando entraba á verlo.

Por consiguiente, existia entre ambos alguna cosa que solo ellos podian comprender. Acaso seria amor! Ella se preguntó á sí misma, y confesó que amaba. Confesion fatal, que si bien la ocultó dentro de su pecho, la hizo penetrar, digamos así, hasta lo mas encendido de su pasion, y le descubrió la dicha inefable que sentia al verse amada; y á pesar de esto ignoraba enteramente lo que es amor. Pobre cieguita que se sentaba por las noches á los piés de su abuela, y apoyando la cabeza en las radillas de esta, gustaba de oir su conversacion; pensaba que tambien pudiera estar así á los piés de Arturo, y entonces la voz de éste seria la que le hablase. Diana queria á las personas que la guiaban cuidadosamente por los caminos que ella no conocia, recibia estas atenciones con mucho gusto; mas al verse conducida por él se decia: ¡oh! eso seria una dicha inestimable! equivaldria casi á verlo.

Es acaso el amor una emanacion del cielo que se introduce en todas las cosas de la vida humana y les comunica, por vulgares que sean, una luz y un perfume que le son propios, que deslumbran y embriagan! Esto bastaba para que Diana que encerraba un corazon sencillo no buscase los gozoses del amor, sino con arreglo al escaso conocimiento que tenia acerca de la vida, y á pesar de esto, ese placer le era suficiente para convertirlo en una existencia enteramente nueva.

Sin embargo, el recuerdo doloroso de su ceguera la sorprendia á veces en medio de sus contemplaciones, y destruia sus esperanzas. Si me habla con voz conmovida, se decia, es porque me compadece.

La compasion de un amigo es un consuelo; pero si proviene de la persona á quien se ama, es una desesperacion; y Diana padecia esta amargura porque amaba á Leonardo Asthon. Luego no es extraño que consintiese con un dolor verdadero, á ir todos los dias á participar de su soledad— porque se presentaba con el corazon abierto

para no hallar sino una indiferencia que su misma desventura le descubria. He aqui el motivo del peligro que habia en estas reuniones: habiendo soñado en la felicidad de ser amada y arrojado de sí esa esperanza como insensata, era consiguiente que manifestase demasiado su alegría luego que la menor espresion viniese á presentársela como realizable.

—Y así, cuando Arturo se atrevió por primera á pronunciar estas palabras. “Yo amo á vd.” que casi siempre caen como el rayo sobre el corazon para incendiarlo, y solo dejar en él una cicatriz, la primera vez, repetimos, que Arturo destruyó la duda mortal que atormentaba á Diana, él tambien supo cuán amado era. El cuerpo infantil de la jóven se estremeció lleno de conmocion; todo ese rostro virginal resplandeció de alegría. Entonces pudo Arturo decirse: „ya esta en mi poder; es mia, si me atrevo á disponer de ella.” Tuvo esa osadía, y será preciso decir cuál fué la causa de su extravio criminal, con el objeto de que se conozca el auxilio detestable que es capaz de prestar la depravacion del espíritu á la del

corazon, porque aquella es la que provoca los deseos que de otro modo quedarían sofocados casi al momento de nacer.

Arturo era amado y este amor ponía tan indefensa á Diana en sus manos, que su alma, gastada ya por el vicio, habria despreciado quizá esta flor que tan fácilmente podia cortar; mas una circunstancia imprevista revistió esta aventura con el fuerte atractivo de una calaverada, á la que no pudo resistir. Era casi público que el verdadero Leonardo Asthon se habia ocultado en las cercanías de Machecoul, para que la policía dejase de saberlo. Hizo ésta por tanto pesquisas mas activas en aquella parte de la Bretaña, las que no tan solo alarmaron á Diana y á Madama de Kermie, sino tambien al mismo Arturo de Purières. En efecto, puede muy bien darse la órden para una visita domiciliaria en casa de dicha señora, se decia Arturo, y ya que no se encuentra á Leonardo Asthon, por lo menos agarrarán al señor vizconde de Purières, á quien se acusaria en el acto de haber tomado un nombre supuesto. Pero no era seguramente la vergüenza de semejante